

Anaque1

REVISTA DE CREACION Y CRITICA

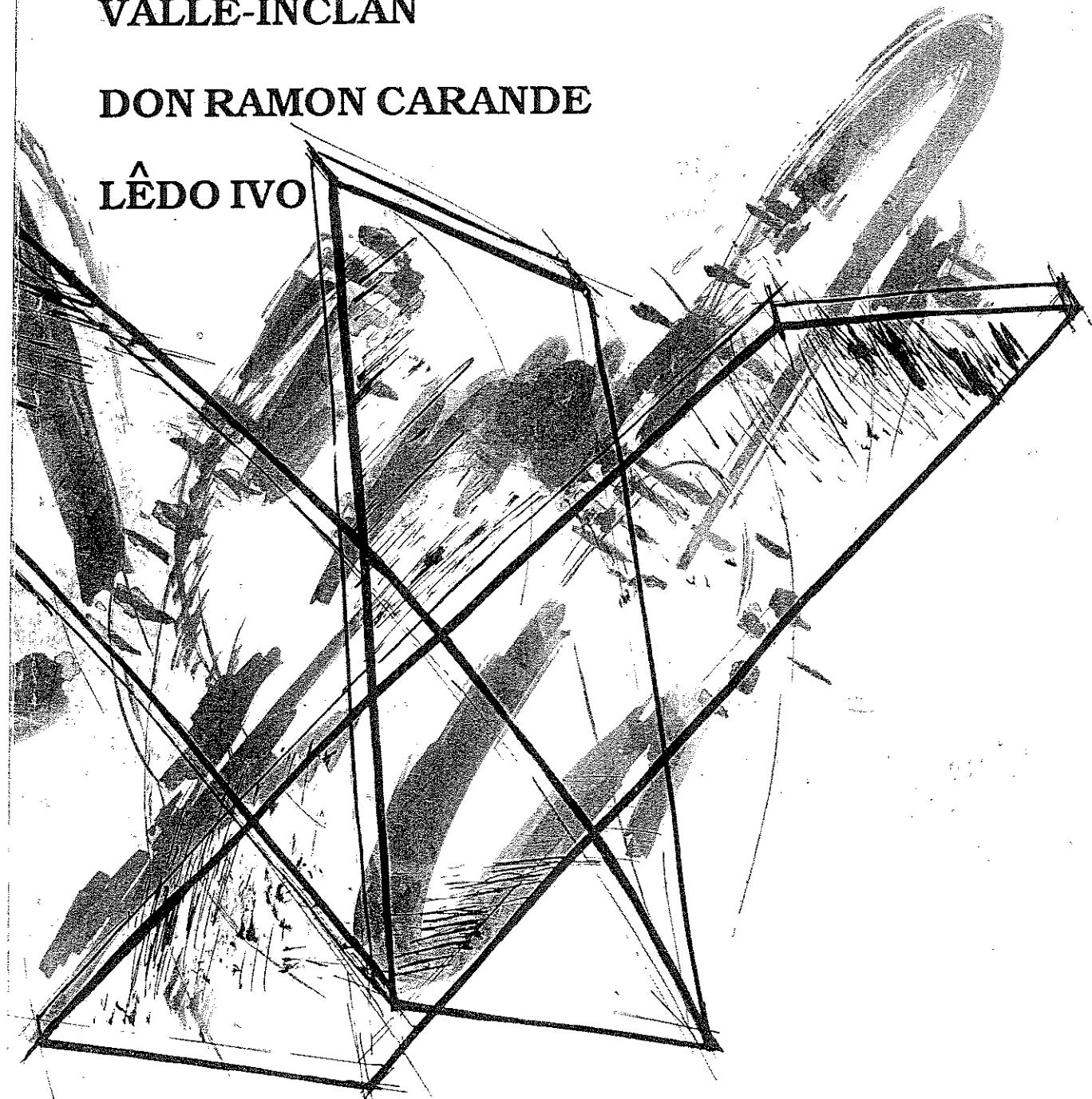
Nº5 ABRIL 87 300 Ptas

UNAMUNO

VALLE-INCLAN

DON RAMON CARANDE

LEDO IVO



EDITORIAL REGIONAL DE EXTREMADURA

De Luis Cernuda y unos tulipanes amarillos

LUIS GOMEZ CANSECO

Pocos hombres se han sustraído a la grata costumbre de transformar la naturaleza en símbolo de lo humano. Y no han sido las flores las menos sometidas al imperio deformador de la imaginación; de entre ellas hoy me interesa la particular metamorfosis sufrida por unos tulipanes amarillos en la obra poética y, aparentemente, en la vida de uno de esos hombres, Luis Cernuda. Dos primaveras sostienen el misterioso estambre que une a esos tulipanes apenas separados por diez años, la de un país del claro sur y otra más gris, la primavera amarga de Inglaterra. Tan breves de tiempo y espacio enmarcan otro que casi sorprende al lector, las flores amarillas, plenas de seducción terrestre, se convierten en aviso de lo fútil de la existencia humana. Este espejismo pudiera hacernos creer que, como anuncia el título del segundo poema, son "otros tulipanes amarillos" los que Cernuda contempla. Creo, sin embargo, que el escritor, o el hombre, ha pretendido engañarnos. Nada caracteriza las flores españolas frente a las inglesas; aún más, haciendo acto de fe platónico, adivinaremos que ambas son una y la misma, unos simples tulipanes amarillos, su idea. ¿Dónde, pues, radica la causa de esta secreta mutación? La respuesta es compleja, aunque evidente: en el hombre, en dos hombres deslumbrados por la luz de unos mismos pétalos.

En el primer poema "Por unos tulipanes amarillos", incluido en *Invocaciones* (1934-1935), un joven visitante trae un presente de "un remoto clima celeste", que se convertirá en prueba y símbolo del amor y su dicha tras la partida. Como el mensajero de los dioses, el poeta es joven y, a pesar de la melancolía, aún puede morder "la elástica carne de la dicha". Para él esas flores arrancadas del Edén soportan

en sus pétalos el seductor aroma de un momento de pura y auténtica felicidad; por ello se niega a mezclarlas en su recuerdo con el remordimiento:

Tú, lluvia que entierras este día
primero de la ausencia,
Como si nada ni nadie hubiera
de amar más,
Dame tierra, una llama, que
traguen puramente
Esas flores borrosas,
Y con ellas
El peso de una dicha hurtada al
rígido destino. *

Es Borges quien señala el significado de otra flor, como éstas, robada al paraíso: «Detrás de la invención de Coleridge está la general y antigua invención de las generaciones de amantes que piden como prenda una flor». Los tulipanes amarillos, símbolo en la tradición floral del amor imposible, sostienen casi su primitivo valor material y plástico, apenas destilados en el alambique del amor; el instante de plenitud que representan, ganado a los dioses, no tiene conciencia de las edades: un hombre joven, capaz de amar, renuncia.

Una guerra, un exilio y un tiempo median entre estas dos primaveras de Cernuda. Es otro hombre el que ahora se encuentra con esos tulipanes amarillos, que no son otros; si las circunstancias han cambiado, su ser no. Literatura y vida se han aliado en la conciencia del escritor, la tradición escrita y la experiencia propia les han dado un nuevo referente. Su espaciada presencia desata el hilo secreto de la memoria: «¿Dónde recuerdas tú de otra primavera/ en otra tierra y tiempo, mojada como ésta/ con lluvia leve, como ésta cifrada/ en otros tulipanes amarillos?». Se inicia el reconocimiento de un hombre viejo. Luis Cernuda, a los cuarenta años, acepta la presencia de su última edad, la más veloz. La



causa es sencilla, el amor se ha convertido en un recuerdo. El diligente gesto ha dejado paso a una resignada reflexión; el uso consciente del lenguaje poético ha sustituido a una voz inexperta y, por ello, más sincera; de los gritos lanzados por el joven, el viejo no escucha sino ecos. La dolorosa llaga del amor, «como el ala de un vidrio», no hiere ya un pecho inerme, tan sólo lo deslumbra con la luz amarilla del recuerdo. El celeste amante portador de las flores, ahora muerto, es una sombra y su amor, entonces dicha hurtada al destino, el capricho egoista de un hombre «en un mundo incompleto».

No por común pierde eficacia el símbolo. La desoladora presencia del tiempo destruye todo anhelo de esperanza. ¿Justifican esos breves momentos de felicidad la estéril existencia humana? No hay respuesta, pues la vida no tiene otro objeto que ella misma. Acaso sea cierto que lo bueno, si breve, bueno dos veces, última lección de las «Violetas» del jardín poético cernudiano:

«Al marchar victoriosas a la muerte
Sostienen un momento, ellas
tan frágiles,
El tiempo entre sus pétalos. Así
su instante alcanza,
Norma para lo efímero que es
bello.»

A servir vivo embellecio en la memoria.»

En esa paradoja radica la salvación. Los dos hombres que ven cifrada su vida en unos infinitos tulipanes amarillos son uno mismo, Luis Cernuda. Su engaño ha sido inútil, ni el lector ni el tiempo desconocen el espejo de los símbolos. Es el momento de aprender la aleccionadora empresa de las flores, partir a la victoria para ser necesariamente derrotados:

«Ya en tu vida las sombras
pesan más que los cuerpos;
Llámalo hoy, si hay alguno que
escuche
Entre la hierba sola de esta
primavera,
Y aprende ese silencio antes que
el tiempo llegue.»

Tres siglos antes, otro sevillano, el estoico censor de Fabio, renuncia a un mundo que ya no le pertenece. Esa renuncia encubre una resignación; el hombre viejo, desnudo de todo, intenta en vano burlar el imperio de la hora, buscando espejos en los que aprender a morir, los símbolos. Esfuerzo inútil, tan ilusorios son los tulipanes de Cernuda, como el consuelo filosófico de Andrade:

«Ya, dulce amigo, huyo y me
retiro de cuanto simple amé: rompi los
lazos;
ven y sabrás al alto fin que
aspiro
antes que el tiempo muera en
nuestros brazos.»